

**CUENTO N° 28**

**TITULO: LA CHACRA**

**SEUDÓNIMO: PEDRO PUCCINI**

**AUTOR: TOMÁS GUILLERMO ROGERS MARTÍNEZ**

**Pedro Puccini**

## **LA CHACRA**

Niño, termina luego tu desayuno y arréglate porque vamos a ir a la chacra. Esta era una de las órdenes que me daba mi mamá que más me gustaban: arréglate significaba pedirle a la mamá Chela que me vistiera elegante, que me hiciera orinar y que me lavara la cara; no necesitaba peinarme porque me cortaban el pelo corto como una escobilla.

Para mí, ir a la chacra era la mejor aventura, eso sí, perdía la hallulla que le compraba todos los días al hallullero, el que pasaba gritando su mercadería “Hallullas caliente ii” era un i que se perdía por el aire, entonces cada niño salía de su casa con su chaucha, y luego nos sentábamos por ahí a conversar y a comernos la hallulla.

En ese espacio de mi vida, entre los cuatro y cinco años, yo era como hijo único durante toda la mañana y el resto del día hasta las cinco y media de la tarde cuando volvían la Julita y Miguel del colegio de primeras letras de la Miss Thomas, mis dos hermanas menores eran muy chicas para que yo me sintiera acompañado, una apenas caminaba y la otra estaba en la cuna.

Bueno, volvamos a la aventura de la Chacra. La Chacra era como llamábamos a la casa de mi abuelo.

Salíamos de la casa tomados de la mano y caminábamos hasta Pedro De Valdivia con Sucre donde esperábamos el carro. Andar en carro a esa hora era entretenido, yo me paraba al lado del maquinista, tomado de la rueda del freno de manos, mirando la línea al frente y moviendo un poco la rueda a izquierda y a derecha como si fuera manejando. El maquinista aceleraba con una palanca hasta el N° ocho, (de aquí cuando alguien o algo pasaban muy rápido, decíamos “va a todo ocho”) y frenaba con otra. Yo le ayudaba a abrir las puertas con una palanquita chica que quedaba al lado del freno de manos. Abre chico, ahora cierra, y así llegábamos a Providencia, mi mamá me decía: ahora nos bajamos, le daba las gracias al maquinista, nos bajábamos, caminábamos por

Providencia hasta la calle Montolín y por Montolín hasta el río Mapocho enfrentando el puente de cimbra.

Atravesar el río por ese puente sí que era una aventura. Mi mamá me tomaba de la mano y nos parábamos frente al puente y me decía: mira niño, debes caminar derecho, mirando siempre al frente, porque el puente es recto y así no te caerás. No mires al agua porque te puedes marear y caer.

El puente era muy angosto para que camináramos tomados de la mano. Estaba formado por varios tramos consistentes en dos rieles apoyados en unos montones de piedras. La calzada estaba formada por tablas amarradas a los rieles. Dependiendo del año y de la fecha, había dos tres o cuatro tramos con agua y no eran tramos continuos, los otros tramos estaban secos, a veces se rompían algunas tablas y había que tener cuidado de no meter el pie por el hueco que quedaba. Era normal que el río se llevara algún tramo cuando venían las crecidas, y mi abuelo recomponía dicho tramo y aprovecha para reponer las tablas que faltaban. Convenía que hubiera una sola persona en cada tramo, porque con los pasos de las dos personas la cimbra del puente se ponía chúcara y si uno era liviano podía salir volando. Había que esperar que el tramo estuviera desocupado para pasarlo, los cruces se hacían sobre los montones de piedra.

Cuando llegaba al otro lado, me alejaba un poco de la orilla, me daba vueltas y veía a mi mamá que se acercaba sonriendo, pero a mí no se me pasaba el susto porque sabía que tenía que atravesarlo de vuelta.

La continuación del puente era un camino ancho de tierra, franqueado a ambos lados por zarzamora tan alta que dejaba ver sólo para adelante, donde se divisaba el camino zigzag que era la subida al cerro. Luego llegábamos hasta un canal, cruzado por un puente bien hecho de tablones, y aquí se abría la vista, a la izquierda lo que llamábamos la casa de la Irma la lavandera, con un

gran níspero, donde nos subíamos con la Julita en los veraneos en la chacra, al frente y al fondo el cerro, y a la derecha, el camino que venía del vado del río, un gran potrero bajo, y la explanada donde se veía la fachada sur de la casa, consistente en una gran muralla de adobes estucada con polvillo y pintada de blanco, construida sobre un zócalo de piedra colorada traída de la cantera vieja. Arriba el alero de tejas rojas y al centro estaba la gran puerta del zaguán, enmarcada en un pórtico de piedra azul de la cantera nueva. Este pórtico lo construyó mi abuelo cuando reacondicionó la casa que había sido saqueada y casi destruida después de la caída de Balmaceda, del cual mi bisabuelo era partidario. A ambos lados del pórtico, estaban las ventanas de las piezas interiores, seis ventanas a cada lado, pintadas de azul.

Caminábamos tomados de la mano los cuatrocientos o quinientos metros de camino para llegar a la entrada del zaguán, durante este tiempo mi madre me daba instrucciones y órdenes: Mira niño, no vayas a corretear a las gallinas mira que la mamá (mi abuelita) se molesta mucho y no debe pasar rabias. Si subes a ver al papá (mi abuelo) pórtate bien y no le vayas a pedir plata. No corras por los corredores y no te metas a la acequia, aunque te saques las sandalias (yo usaba pantalón corto), no juegues en el jardín, porque a la mamá todo esto le molesta. Y así un montón de recomendaciones, hasta que entrábamos al zaguán después de subir seis o siete peldaños de piedra. La puerta del zaguán se cerraba solo por la noche, era amplio y luminoso, y tenía una puerta menor opuesta a la que habíamos pasado, con cristales superiores, que daba acceso al interior de la casa. Esta puerta estaba cerrada pero sin llave, tenía paso libre y un cierre con resorte para que permaneciera cerrada. Antes de entrar, mi mamá tomaba un plumero que había colgado de una percha y se limpiaba los zapatos del polvo del camino, era un rito que todos los que llegaban debían ejecutar. A mí me gustaba plumerearme las sandalias, porque las plumas me hacían cosquillas en los dedos de los pies. Al cruzar la puerta uno se encontraba en el corredor sur del gran patio de los naranjos, que tenía una franja de jardín a todo lo largo (prohibido jugar ahí), de un ancho de

unos diez metros, limitado por una acequia hecha en piedra de unos cuarenta por cuarenta centímetros, por donde corría el agua, la acequia cruzaba la casa de oriente a poniente, pasando al final por los baños, y al salir de la casa iba entubada hasta el canal que habíamos cruzado antes.

Mi madre caminaba por el corredor hacia la cocina, para encontrarse con la abuelita, se saludaban, pero no recuerdo que se hayan besado, siéntate niña le decía mi abuelita, y se sentaban en los muebles de mimbre que estaban en los corredores. Conversaban un rato y mi mamá decía: voy a subir a ver al papá, me miraba y me decía: acuérdate de lo que te he dicho, pórtate bien. Ella se iba caminando hacia la casa de dos pisos donde vivía mi abuelo, y yo me quedaba con la abuelita, ella me miraba con una gran sonrisa y me preguntaba ¿tienes hambre? Mi abuelita era una mujer que yo consideraba vieja, siempre vestía de luto, primero por un hijo, luego por el nieto mayor, pero era alegre, no muy alta y gorda. Yo le decía que sí con la cabeza y nos íbamos a la cocina, ahí tenía que saludar a la cocinera y a la ayudanta mientras mi abuelita buscaba un tazón, sacaba un pedazo de pan añejo y lo picaba al fondo del tazón, luego buscaba una ollita y sacaba agua caliente de la caldera de la cocina, que era una cocina grande negra de dos hornos y seis hoyos de fuego que funcionaba con carbón coque, echaba dos huevos a cocer en la ollita y los partía sobre el pan picado, lo revolvía todo con una cuchara, el pan se ponía amarillo con las yemas y acercaba el tazón a una gran olla que siempre tenía caldo, y le echaba un cucharón de caldo, lo revolvía y nos íbamos al patio trasero de la cocina, donde había una lora que cantaba, varias jaulas de pájaros con canarios, cardenales y otros, y el gran gallinero, que era del porte de la mitad del patio central. Me ponía el tazón en una mesa y me sentaba a comer mirando a las gallinas. Había gallinas de todas las razas, desde las de la pasión chiquitas hasta las grandes castellanas, pasando por gallinas japonesas de cogote pelado o las trintre que parecían gallinas con permanente, también me entretenía con la lora que hacía el mismo ruido de las gallinas, y si uno tenía paciencia y estaba

callado, empezaba a cantar Corazones Partidos, imitando a la cocinera. Los pajaritos me daban pena, me hubiera gustado soltarlos, pero esa maldad era muy demasiado grande para un solo niño. Había entretención y comida era el momento más feliz de mi visita a la chacra.

Al rato bajaba mi mamá y mi abuela le preguntaba ¿cómo encontraste a Lucho? (Como si ella no lo viera muy seguido), y me mandaban subir a saludar al abuelo. Recorría todo el corredor de la cocina, y subía por la escala de piedra hasta el comedor de la casa de arriba, cruzaba el comedor y salía a la galería que daba vista al cerro. Al final de esta galería estaba el rincón donde mi abuelo pasaba el día leyendo el diario, atendiendo a los administradores de la cantera, dando órdenes a los inquilinos o recibía a las personas que lo venían a ver por algún negocio.

Como está Hombre me decía, (mi abuelo me llamaba: Hombre, mi mamá: Niño, mi abuelita y mi mama Chela: Tomasito, mi tío Guillermo: Ahijado, mi tío Ignacio: Gato, mi tío Jorge: Ojuito, los inquilinos de la chacra: Chumita, y Don Tulio, el peluquero me decía: Sr. Martínez). Y yo le respondía que estaba muy bien, y después la pregunta de rigor ¿cómo se ha portado? Y yo le decía me porto muy bien, porque me dijeron que no le pidiera plata y no le estoy pidiendo. Mi abuelo se soreía y me llevaba al escritorio, abría un cajón y sacaba un billete de cinco pesos, azulito, recién salido del banco y me lo daba para que tomara un helado o lo que quisiera. Yo lo doblaba en cuatro y me lo metía al bolsillo del pantalón. Entonces me acariciaba la cabeza y me decía: vaya para que le den almuerzo, y esa era toda la visita.

Yo Tenía otro abuelo, el de mi papá. Se llamaba Miguel y era muy distinto a éste, se reía, era gordo, y cuando se sentaba uno podía trepar a su falda, se convertía en caballo para galopar o en mata mágica de porotos para escalar de rama en rama a las nubes, contaba cuentos extraordinarios y a veces muy divertidos y además nos gustaba porque todos los domingos llegaba

a almorzar a la casa y cuando se iba, la correa con que mi mamá nos castigaba desaparecía, y mi mamá tenía que esperar ir a La Chacra para comprar otra.

Después de almuerzo todos se sentaban en el corredor, unos leían el diario, cuando había un cuarto jugaban brisca, mi tío Ignacio se traía un pan del comedor y lo iba picando y tirando a las gallinas sueltas, porque mi abuela siempre tenía gallinas regalonas y las dejaba sueltas en el patio. Poco a poco todos se despedían y se iban a sus quehaceres, mi mamá decía que se iba porque no quería que se le hiciera tarde, nos despedíamos y emprendíamos el camino de vuelta con las mismas recomendaciones y con el mismo atraveso del puente.

Llegando a Providencia, íbamos a la calle Pedro de Valdivia a la peluquería Oriente donde Don Tulio. Mi mamá le daba instrucciones al peluquero como quería que me cortaran el pelo: bien corto, pero con un mechón encima de la frente, no muy largo, lo justo para sujetarlo de allí. Yo quedaba esperando turno y ella se iba a comprar lanas para algún tejido, u otras cosas que necesitaba y reponía la correa con la que nos castigaba. Me pasaba a buscar y tomábamos el carro 34, pero ahora no me dejaban manejar porque había mucha gente. Nos bajábamos en el paradero de Hernán Cortés y caminábamos a la casa, este era el fin de mi aventura, pero antes mi mamá me había preguntado si mi abuelo me había dado plata, yo le mostraba el billete y ella me decía: yo te lo guardo, para que tengas para helados o hallullas, y en realidad lo administraba bastante bien.

Cuando llegaban mis hermanos del colegio, lo primero que yo hacía era mostrarles la correa nueva que colgaba en su gancho.